



Vivir con Propósito

EN UN MUNDO QUE NO SE DETIENE

Vivir como administrador no significa vivir con menos, sino vivir mejor.

Hay una verdad incómoda que todos conocemos, pero que preferimos posponer: **nada de lo que tenemos es permanente.** No importa cuánto se acumule, cuánto se trabaje o cuánto se cuide, todo termina soltándose. Y esa realidad, lejos de ser solo una tragedia final, revela algo más profundo sobre cómo vivimos ahora.

01 La Biblia plantea una idea que choca con la mentalidad moderna: no somos propietarios absolutos, **somos administradores temporales.**



La vida, el tiempo, la capacidad de trabajar, los talentos, las oportunidades y los recursos no se originan en nosotros. Pasan por nuestras manos, pero no nacen allí. Cuando olvidamos eso, la vida se vuelve una carrera de control: proteger lo mío, asegurar lo mío, competir por más. Cuando lo entendemos, la vida cambia de eje: ordenar, cuidar y usar lo recibido con propósito.

02

Esta visión no empobrece la vida; la libera. El afán de posesión produce **ansiedad constante: miedo a perder, miedo a no tener suficiente, miedo a quedar atrás.**



La administración responsable, en cambio, produce claridad: saber qué importa, qué es pasajero y qué vale la pena invertir. No todo se mide en dinero. El tiempo desperdiciado no vuelve. El cuerpo descuidado pasa factura. Los talentos enterrados se marchitan. La influencia mal usada daña.

03 Por eso, la fidelidad no comienza en grandes decisiones heroicas, sino en lo cotidiano:

cómo se usan las horas, cómo se responde cuando nadie observa, cómo se administra lo poco antes de aspirar a lo mucho. El problema no es tener recursos; el problema es cuando los recursos nos tienen a nosotros.

Dentro de este marco aparece la práctica de devolver y compartir. No como transacción espiritual ni como mecanismo para “activar bendiciones”, sino como educación del corazón

Dar de manera consciente rompe la ilusión de autosuficiencia y recuerda una verdad esencial: la vida no gira alrededor del “yo”. La generosidad no empobrece; reordena. Y un corazón ordenado vive con menos miedo y más libertad.

La distorsión religiosa de estos principios ha causado daño real: manipulación, culpa, abusos. Eso debe decirse sin rodeos.

Pero el abuso no invalida la idea original. La pregunta honesta no es “cuánto doy”, sino qué lugar ocupan Dios, las personas y el propósito en mi manera de vivir.

Vivir como administrador no significa vivir con menos, sino vivir mejor. Significa entender que lo verdaderamente valioso no se acumula, se cultiva. Y que al final, lo único que permanece no es lo que guardamos, sino lo que supimos usar bien mientras estuvo en nuestras manos.

